

POPAYAN DE BELALCAZAR

Discurso pronunciado en la inauguración de la estatua del fundador de Popayán el 26 de diciembre de 1940.

Por RAFAEL MAYA

Hemos llegado a esta ventilada meseta, erigida por la naturaleza como un altar, frente a las mansas planicies que desde aquí contemplamos, para rendir tributo de admiración y gratitud a don Sebastián de Belalcázar, figurado por el arte en esta gallarda escultura, pero presente a nuestras almas con más bríos que los que ostenta en el bronce.

¡Cuántos años han corrido desde que el conquistador pisó este suelo! Nosotros, remotísimos anillos de la cadena vital por él forjada, muy poco de común tenemos ya con los componentes humanos de su personalidad, ni con su pensamiento, ni con el significado de sus empresas. Todo eso pertenece al abismo de los días, y constantemente cernido por la crítica histórica, llega a nosotros como la ceniza impalpable de una ruina distante. Sin embargo, el nombre del conquistador despierta profundas resonancias en nuestra conciencia, y su recuerdo nos vincula en torno de unos mismos ideales. Es que en su portentosa obra de creación, si pereció la parte consagrada al estruendo militar y a las necesidades materiales de la conquista, perdura la otra, la más noble y eficaz, la que sigue actuando como razón espiritual de nuestra existencia histórica, como nervio de la raza, como aliento creador de las generaciones. Es la preeminencia de una cultura excelsa; es la posesión de un lenguaje incomparable; es la comunión espiritual de los vivos y de los muertos, significada en la teología católica, lo que todavía nos enlaza entrañablemente a la figura del conquistador. A nombre pues de esos sentimientos hemos venido a congregarnos en torno de su estatua. El momento es solemne. Desde la mudez del bronce, el espíritu del gran capitán nos interroga. ¿Hemos conservado intacta su herencia, o ha sido menoscabado tan singular tesoro por descendientes degenerados? ¿Ocupa el fundador de la familia el sitio que le corresponde en las galerías domésticas, o advenedizos con fortuna han derrocado su imagen? Que cada payanés interroge a su conciencia para ver si hemos defraudado la voluntad del fundador, o si le somos fieles en la guarda de tan sagradas obligaciones. Si lo primero, permanezcamos en vergonzoso silencio al pie de

este bronce; si lo segundo, levantemos la frente delante del padre transfigurado, para que él reconozca en nosotros a los continuadores de su empresa. Pero ¿qué digo? Estas oleadas de entusiasmo cívico que golpean la granítica base del monumento imperecedero, dicen bien claramente que en la conciencia democrática de estas multitudes perdura un eco de la gesta castellana, y que el vigor contenido en ese puño de bronce bien pudiera bajar al brazo de uno cualquiera de los hijos de este valle, para empresas semejantes a las que realizaba el hazañoso abuelo, cuando la verdad de la historia y la belleza de la fábula se sumaban en el resplandor de la epopeya.

Pero hay más elocuentes pruebas que nos hablan por todas partes de nuestra lealtad al espíritu del fundador. Yo veo erguirse, a poca distancia de esta colina, las cúpulas cristianas y los piadosos campanarios que dan testimonio de la fe religiosa que sirvió de móvil a la conquista. ¡Cuántas agudas torres coronan la cabeza de la ciudad, forjando en torno de sus sienes encanecidas una guirnalda de piedra! ¡Cuántas campanas dilatan la armonía de sus voces, llenando el aire de vibraciones, como si mil escudos de oro resonasen en el cóncavo valle! ¿Qué significa todo ello sino la tradición romana que se confunde con los cimientos mismos de la ciudad? ¿Qué significa todo ello sino el misticismo de Castilla avivando, en los altares del Nuevo Mundo, las inflamadas brasas en que se consumió el corazón de los santos españoles? ¿Qué significa todo ello sino el recio espíritu de los teólogos peninsulares, que en arcilla de los Andes renueva la fábrica de sus encumbrados pensamientos? La primera piedra de la ciudad y la primera cruz fabricada de nudosos maderos, fueron enterradas en un mismo hueco, para que crecieran juntas, pregonando la una el esfuerzo humano de una raza ecuménica, y la otra la virtud universal de una doctrina esencialmente civilizadora. Desde ese momento la cruz y la ciudad no se han separado nunca. Si paseamos los ojos por estos contornos, la cruz nos ofrece su escueto simbolismo, dominando las redondas colinas que nos cercan; y al levantar los ojos al cielo, en nuestras languidas noches orientales, observamos cómo la constelación de los cuatro diamantes vigila la ciudad, para recordarle que los dos leños cruzados que limitan por todas partes su horizonte terrestre, fijan también el término de su ambición espiritual en las alturas.

Aquí, desde este mismo sitio, donde el indio emplumado adoraba al sol, debió Belalcázar de contemplar este paisaje, hace cuatrocientos años. Las mismas colinas vestidas de multicolor follaje; las mismas hondonadas con rumor de aguas saltantes; la misma ondulación de la tierra que aquí se deprime formando abrigados regazos. y más allá se curva en graciosas redondeces, en tanto que la sombra y la luz, en serie de admirables contrastes, le prestan interés humano al paisaje y animada expresión al semblante de la naturaleza. Todo cuanto desde aquí contemplamos embargó sin duda el ánimo del tostado capitán para quien la naturaleza sólo había sido, hasta entonces, una fuerza hostil que se oponía a sus invencibles arrestos. Aquí

no. Un aire puro dilató los pulmones del soldado que había cruzado la mortífera selva, la agria marisma, el pantanoso manglar; y sus pupilas, habituadas al espectáculo de la sangre y del polvo, se dilataron ansiosas por la pureza del aire, captando en toda su extensión la variedad del panorama.

Pero algo hirió de manera especial su sensibilidad de hijo de una raza devota, de un pueblo de ascetas, de una nación de penitentes: el ambiente religioso de que se halla impregnada esta atmósfera, cruzada también por ráfagas de sensualidad oriental. Yo veo al conquistador hincado en este mismo sitio, la coraza en el suelo y caída sobre la coraza la pesadísima espada, en actitud de orar al Dios en cuyo nombre había sido bautizado el Nuevo Mundo. Nada sabía don Sebastián de las conquistas teológicas de su raza, ni del anhelo místico de muchos compatriotas suyos que habían forzado las puertas de la ciudad sobrenatural, así como él violentaba la selva; pero la sangre de sus ascendientes, vertida en ocho siglos de lucha por reducir al infiel, dilató el corazón de Belalcázar en una acción de gracias a la Divina Providencia. La mañana era purísima. Nubes ligeras parecían la respiración de un mundo virgen, lavado en las primeras fuentes de la creación. El Adelantado pronuncia una plegaria; y yo sé que incontables generaciones han seguido repitiendo estas palabras sacrosantas; y que enseñadas al borde de las cunas son repetidas sobre las piedras de los sepulcros; moduladas por la doncella, encuentran eco en el pecho de los guerreros; y si el poeta las engarza en el poema, el estadista exorna con ellas el documento político. Esa primera oración cristiana vinculó en esta tierra el espíritu de los grandes creyentes de la raza conquistadora, de sus santos y visionarios, de sus apóstoles y mártires, de sus monjes y ascetas. En esos píos vocablos palpita el alma de quienes erigieron monasterios y catedrales para refugio de reyes meditados y de frailes poetas; para dar penumbrosa tranquilidad al soldado que cambiaba los arreos militares por la estameña del penitente; para ofrecer asilo al pensador y al filósofo que, al mismo tiempo que labraban las palabras con gusto y habilidad de orfebres, enriquecían el pensamiento universal con adquisiciones de orden jurídico o con profundas intuiciones divinas. De este modo, el devoto artesano que durante la Colonia cinceló los admirables altares que ahora contemplamos, fue hermano de quienes poblaron de estatuas El Escorial y el pórtico de las catedrales góticas. Al humilde fraile, que devorado por ansias interiores medía los claustros que ahora recorremos diariamente, llegó también un soplo del aliento divino que arrebató el alma de san Juan de la Cruz; y la pobre monja, activa, inteligente y sensible, que murió en el secreto de su celda, no fue del todo extraña a la sangre de la portentosa doctora de Avila. ¡Así colabora la oración en la continuidad de la historia y en el proceso de las culturas!

Repitamos diariamente la plegaria dicha por don Sebastián de Belalcázar en esa primera mañana de su descubrimiento, y repítamola en el idioma que él trajo a estas comarcas, y que es otra razón

de amor y de inteligencia que debe atarnos a su venerable memoria. Este doble homenaje de la razón y de la fe será muy grato al Adelantado, que como fruto de su raza, gustaba por igual de lo que pertenece al tiempo y de lo que es patrimonio de eternidad. Al tiempo pertenecieron su espada y su rodela, su cota y su corcel; su empresa misma, circunscrita por el contorno geográfico, fue hija del tiempo; hijas del tiempo fueron las fatalidades políticas e históricas que le dieron peculiar carácter a su hazaña; pero más allá de la punta de su lanza, y en regiones que no pisaron los cascos de su corcel, resplandecían los propósitos trascendentales y universales de la vasta epopeya. ¿Entrevió el Adelantado la eternidad prometida a su obra? ¡Quién sabe! ¿Sospechó siquiera que más allá del oro codiciado, más allá de la tierra con tanta avaricia poseída, más allá de los títulos tan empeñosamente reclamados, se dilataba el designio providencial de integrar a la unidad del Evangelio la desconocida porción del mundo que tenía bajo los pies, y de ungir con el crisma romano la frente de las razas idólatras?

Abrumado el fundador de Popayán por el peso de la edad y la carga de las dolencias morales; desvanecida la riqueza que hubo de acumular en sus andanzas, y sin más compañeros que las cadenas humillantes, su afiebrada memoria le ofrecería en desorden torrencial los episodios de la conquista: su salida de España, en plena juventud, y su primera gobernación; el opulento Perú, que el esforzado marqués había revuelto literalmente en busca de imposibles tesoros; la fastuosa ciudad del Cuzco, toda guarnecida de oro, tachonada de esmeraldas como la cauda del pavo real, con sus vírgenes consagradas al sol, y las pesadas andas destinadas a transportar al inca. Luégo, el sacrificio de Atahualpa, el de perfil de ave rapaz y enjuto talle de felino; las mujeres que le lloraron, ahorcándose con sus propias cabelleras, y el estupor indígena ante la muerte del hermoso y estoico príncipe. Más tarde, los volcanes de Quito, las nieves fulgurantes y las montañas intrincadas; el lloro de los soldados que añoraban enloquecidos el sabroso pan de Castilla, las uvas de Andalucía, las encendidas naranjas de la costa mediterránea; legiones de indios muertos, nobles corceles sacrificados, perros aullantes, asechanzas sin fin, incontables peligros; lucha con el desfiladero y el abismo; sorpresa del torrente inopinado, del ancho río turbio, del árbol carcomido, del insecto voraz. Un día, la grande ilusión de El Dorado, el más fascinante miraje histórico que se haya ofrecido a la imaginación humana; y en persecución de la fábula, el ascenso a la meseta de Bogotá, la presencia del Licenciado granadino y la aparición del tudesco vestido de pieles que asistía igualmente a la más extraña y misteriosa cita de la historia. Nuevamente España; otra vez la selva andina; la mañosa rivalidad que concita el furor de los capitanes castellanos; la vejez irremediable, la ingratitud universal, la muerte aquietadora. ¡Todo ilusión, todo ceniza, todo humo! debió pensar en la agonía. El más pequeño de los indios hubiera podido recibir en el hueso de la mano todas las riquezas que abandonaba en ese

instante el Adelantado. ¡Ah! pero el hombre mortal, por más heroico que fuese, sólo miraba desvanecido su poderío terrestre; mas se le ocultaban las proyecciones eternas de su misión histórica. He aquí, compendiada en esta ciudad, una parte no más del premio que los siglos reservaban al sacrificio del conquistador. He aquí la inmortalidad ofrecida a sus sueños. Son estos templos, estas universidades y estas plazas, la obra de su brazo, que se prolonga en el tiempo, que se dilata en el espacio, que se vincula a la existencia de otros pueblos, a los ideales todos de la humanidad, y de la cual somos nosotros efímeros y veraces testigos, entre la lejanía de aquel pasado fabuloso y el porvenir inagotable que se abre para las generaciones venideras.

Un día parece como que los descendientes de don Sebastián se volvieron contra la obra del fundador y renegaron de la hispánica tradición tan amorosamente recostada a estos solares. Efectivamente, han transcurrido largos años de mansedumbre histórica. El siglo XVIII toca a su término. ¿Qué ocurre? Una conciencia y un espíritu llegan a vitalizar la obra de la dominación española, y la raza, suficientemente incorporada al territorio y enriquecida con abundante acopio de sangre indígena, aspira a la independencia política y a la autonomía espiritual. Surge en la historia del mundo un tipo nuevo: el americano, producto aún misterioso de seculares atavismos, pero desde un principio dotado de altiva independencia y de generoso afán por integrar a su espíritu nociones de libertad que lo dignifiquen y de experiencia jurídica que le den conciencia de su propio decoro. Por caso admirable, Popayán, que había sido poblada en sus orígenes por acaudalados y nobles caballeros, con escudo de armas y riquísimas encomiendas, y que durante la Colonia había conservado intacto su timbre de villa castellana, devota de la monarquía y muy pagada de la alta prosapia de sus linajes, llegada la hora de la emancipación se entrega toda a la causa republicana, vaciando sus cofres y sus arterias en provecho de la obra redentora. ¡Es la hora del sacrificio y de la prueba! El seminario, que desde aquí contemplamos, es la fragua que temple entonces los caracteres. Pero no son los frívolos estudios sino las altas humanidades las que preparan la revolución; porque no se va a luchar por rivalidades económicas ni por preponderancia de castas, sino por la sacrosanta libertad, que se confunde con el honor del hombre, y que considerada como atributo esencial del espíritu, estimula los estudios, fecunda la obra de la inteligencia y le otorga al alma su efectivo dominio sobre la vastedad del universo.

Y es entonces ¡oh don Sebastián de Belalcázar! cuando ese idioma hermosísimo que enseñaste al indio, y que la ciudad conserva reluciente y puro como las alhajas de sus damas o la espada de sus caballeros, sirve de expresión a la nueva conciencia de América. Tú lo aprendiste de tu pueblo, cuando para aquél se acercaba la hora de su plenitud expresiva, pero ya dúctil, resonante y armonioso, porque lo había pulido el choque de los aceros feudales; el alma caballeresca le

había regalado su platónica molicic, los trovadores su acendrado acento popular, y los reyes y cortesanos la entonada gallardía de sus inflexiones. Ingenuo y pintoresco en las crónicas, compendioso bajo la pluma de los moralistas, refinado y culto a influjos de la gracia renacentista, tú lo empleaste en fórmulas de sumisión a tus reyes, o en cláusulas que refrendasen la servidumbre colonial. Al erguirse don Camilo Torres, ese mismo idioma cobra acentos de indignación y de vindicta; e infundiendo sonora consistencia a la mudez de muchos siglos, y como si arrastrase consigo las sombras no vengadas de muchas generaciones indígenas, revueltas al polvo de las selvas mil veces abatidas, se vuelve contra la monarquía, impreca y amenaza, prestándole al Lacio la dialéctica jurídica, a Castilla la acerada elocuencia y al Continente americano la intacta virginidad de su pujanza. La sangre de Torres empapa luégo las tablas del cadalso, pero su toga perforada se convierte en emblema de la República. El mundo que tú, Belalcázar, ofreciste a un monarca, don Camilo se lo entrega a la humanidad. Tú lo bautizas; el otro lo redime. No hay discontinuidad espiritual ni ruptura histórica entre esas dos hazañas aparentemente contradictorias. Por encima de los siglos, tu brazo, que porta el hacha, y el brazo de don Camilo, que sostiene la espada del derecho, pueden contemplarse recibiendo idéntico impulso de las más recónditas energías de una raza común, para el logro de un propósito en que las dos empresas se reconcilian definitivamente: hacer de estos pueblos el asiento de una raza nueva, que funda los atributos de la latinidad en los crisoles de la conciencia americana, dando cabida en su alma a los más puros y hermosos ideales humanos, enderezados a glorificar la conciencia del hombre y a hacer posible la creación de una cultura realmente universal, que sirva como regazo definitivo al espíritu de cuantos pueblos han existido sobre la tierra.

El sacrificio de Torres abre para Popayán las puertas de la tragedia. Rueda la flor de su juventud al golpe de la cuchilla pacificadora; se apaga la llama de los hogares y no hay puerta que, como en la venganza bíblica, no se encuentre manchada de rojo. ¡Cuán solitaria yace la ciudad un día llena de pueblo! ¡Como viuda está la señora de las gentes! pudo exclamarse entonces con Jeremías. Sí; la pequeña ciudad, nueva Jerusalén que se alegraba con el rumor de sus fuentes y la sonrisa de sus doncellas, ve pasar por sus calles, cubiertos de escarnio, a sus varones escogidos. Sayones de un imperio decadente, viles criados de un César degenerado, los empujan hacia las cruces. Las palomas de las azoteas, la geórgicas colinas, las flores de los muros, no se explican qué nube tremenda roba la claridad a su vergel cerrado. Pero hay, entre todas, una víctima juvenil que avanza pausadamente. Durante los años tranquilos que precedieron a la revolución, él solía venir a esta colina, en las noches serenas, para estudiar la forma de las constelaciones, suspensas en el abismo como telares misteriosos que labran el hilo de los destinos eternos. Aquí mismo, recorriendo por las mañanas estos contornos rumorosos, cogía flores silvestres para sorprender el secreto de su divina fecundidad.

Y así su espíritu, virginal y sabio, subía como un ángel por la escala de oro tendida entre los cálices perfumados y las estrellas inmortales. Pero un día, el pensativo y casto mancebo es conducido a la muerte. Un oscuro fusil rompe el cerebro que había contenido el cosmos, y manos bárbaras hacen pedazos, igualmente, los mágicos cristales que habían aproximado a su frente el resplandor de Venus, la dulzura de la Lira o el galopar del Centauro. El mundo tropical retorna a su mudez. Había desaparecido su intérprete; el místico de la naturaleza ya no alentaba; el ministro de las liturgias florales yacía al pie del altar, con una rama de púrpura entre las manos. Se estremecerían las cenizas del Adelantado, porque si Torres añadió a las conquistas de aquél una conciencia humana, Caldas descubrió el espíritu profundo de la naturaleza, completando de este modo la formidable obra de la conquista. Esa sensibilidad y ese don reflexivo y acucioso que no se encuentran en los capitanes del Nuevo Mundo, los posee uno de sus descendientes, en grado altísimo, vengando la raza ibérica de la ceguera de la atonía, de la frialdad estética con que los conquistadores cruzan por este laberinto de paisajes. Mas, para honor de la gente latina, allí donde ellos sólo ejercieron la violencia y el saqueo; allí donde Belalcázar acuchilla y escarba, o planea la conquista de El Dorado, Caldas persigue finalidades excelsas. Aquella sed de oro se convierte en afán de sabiduría. Aquella ambición territorial, en anhelos de infinito. Aquella indiferencia del corazón y de los ojos, en la más amplia capacidad del sentimiento para captar la belleza del agua y del espacio, del mineral y de la cascada, del torrente y del árbol, del fuego que evapora la sustancia de la tierra, o de la nieve que condensa la misericordia del cielo.

¿Mas a qué seguir este recuento doloroso, si hoy es día de gloria para la ciudad que tú fundaste, oh don Sebastián de Belalcázar? Mírala a tus pies, morena y dorada como las columnas de oro y bronce, como los troncos de ébano y de mármol, con su follaje de roble en la frente, y colgada del hombro la lira de cristal de su río, que le cuenta la fábula de su origen y la historia de sus desgracias. Erguida sobre el tapiz de estas praderas, con aire de reina mora y de virgen románica, se reclina sobre la cúpula de su Catedral, y en la diestra mano sostiene la antiquísima torre, en tanto que las nubes la ciñen de resplandores, refrendando sus atributos de hija predilecta del mito y de creación espléndida de la historia. Ceñida, en las mañanas, de transparente túnica bordada de rocío, por la tarde se arropa en púrpura majestuosa, y ya llegada la noche, el áureo escudo de la luna protege su frente que se reclina en el regazo de las constelaciones. Lección de ritmo son para ella estas colinas ondulantes que parecen nacidas al vaivén de una profunda respiración. Horizontes interminables dilatan la amplitud de sus miradas, y para recordarle el poderío y la muerte de la gloria, su volcán vigilante suele ceñirla de centellas, pero después la cubre de ceniza, por manera que la ciudad templea en el espectáculo de la muerte la soberbia de su destino. Así, no la seducen las falsas glorias ni las efímeras vanidades; menos-

precia los tráficos vulgares y las opacas granjerías; pero allí donde es preciso cumplir una misión eterna, o alcanzar fines de espiritual plenitud, allí está ella, secundando los designios providenciales con la eficacia de su voluntad creadora. Feudal y republicana, agrícola y patricia, aristocrática y popular, amuralla su rancio espíritu en caserones ilustres, asilo de la engolada cortesía de la época caballescaca; pero también abre sus plazas y sus calles al fluir de la muchedumbre democrática, educada en la escuela de la más pulcra civilidad. Acendra la calidad de sus estirpes, la virtud de su sangre, el valor de sus tradiciones, en el culto al pasado, en la jerárquica ordenación de los valores sociales, en el castizo tono de las costumbres; a pesar de ello, su espíritu hospitalario tiene la sencilla cordialidad de los campos, y en su alma geórgica revive el atavismo de los reyes pastores, o de los príncipes aldeanos que portaban un cetro de olivo con todas sus hojas. Ama el reflejo de las joyas y de los estoques, el esplendor de los espejos, la susurrante fragilidad de los abanicos, la tibia molicie de la seda, todas las apariencias del lujo, todas las languideces de la gracia, todas las exigencias de la heráldica; no obstante, sabe expresar la emoción indígena y la singular tristeza americana, en cantos entrañables y en doloridos instrumentos que parecen resonar en el propio fondo de los sepulcros.

Este conjunto de cualidades, aparentemente antagónicas, imprime a su carácter un sello de universalidad inconfundible. Sujetos que alternan la pluma con la espada; hombres de prestancia social y de carácter campechano; hidalgos de vieja estirpe tradicionalista animados de ímpetus revolucionarios; profesionales de la irreligiosidad con rasgos de conmovedora devoción; agitadores políticos con irreducible temperamento casero; sabios ensimismados con aficiones galantes; artesanos con brotes de aristócratas; campesinas con alma versallesca; tales antinomias brotan habitualmente de su seno y pueden considerarse como el rasgo saliente de su cultura. Ni exclusivismo regionalista, ni sentido unilateral de la existencia. No. La ciudad ha sabido depurar su noción de la patria grande con la regia autoridad de quien contribuyó a crearla, y no con el pasivo amor de quien la recibió ya perfecta. Cuando no se ha vertido una sola gota de sangre por la supervivencia de una idea; cuando no se han sufrido ni el despojo, ni el saqueo, ni la ruina, para entregar a las generaciones futuras una conciencia nacional depurada; cuando no se han vivido las grandes horas de angustia en que es preciso crear de la nada para que los futuros ciudadanos hallen holganza y tranquilidad, entonces la patria puede ser una nación utilitaria o egoísta. Pero cuando una ciudad lo ha entregado todo para alimentar al soldado y abastecer las legiones; cuando el fuego ha castigado sus muros, y la escasez se ha hecho sentir en la mesa del hidalgo, y la matrona sin sortijas pregonaba en la desnudez de sus manos su eximia generosidad, y los arcones suenan huecos, y la vajilla de plata ya no existe, porque todo fue trocado en bayonetas y proyectiles, a fin de que el retazo tricolor flamease libremente sobre los hogares reconstruídos y sobre los campos nuevamente sembrados, entonces ya no es

posible ese mezquino concepto. El sacrificio dilata los horizontes de la conciencia, y la historia, así engrandecida; viene a convertirse en un titánico esfuerzo del genio humano por agrandar las órbitas del alma; y es bien sabido que tal esfuerzo no es más que la transformación maravillosa de esos dos elementos de que se halla amasada la entraña del universo: o la gota de sangre, o la gota de llanto.

Tal es ¡oh don Sebastián de Belalcázar! esta ciudad de Popayán que ha sabido corresponder a la alteza de sus orígenes. Su historia tiene la decorosa uniformidad de un friso en que unas figuras aventajan a las otras, y ciertos grupos sobresalen por la valentía de su ejecución, pero que mirado en conjunto parece dotado de unánime movimiento, sin que allí se advierta otra cosa que la marcha procesional, regida por el ritmo de los instrumentos sagrados. ¿Qué puedes pedirle que ella no te ofrezca en abundancia? ¿Heroísmo? Mira que avanzan hacia acá los coronados paladines que en todo tiempo supieron ilustrar los fastos militares de la República. Son los fantasmas guerreros que vio Aquiles en la llanura nemorosa; pero si quieres testimonios vivos, aquí están sus espadas, con las cuales podríamos formar una floresta centellante que detuviera los bríos de tu caballo. ¿Pides sabiduría? Respondan esos claustros cuyas profundas arquerías podemos sondear desde esta eminencia. Graves y doctorales sombras discurren por allí; pero su pensamiento vivo destella en páginas inmortales que nos holgaríamos de amontonar ahora, para circuir de una docta muralla este líquido espejo que aquí relumbra, confundiendo en un mismo reflejo la eternidad del ciclo y la eternidad del pensamiento. ¿Pides belleza? Gentiles damas e intachables doncellas ilustran con su presencia estos agrestes sitios. Descienden de la fuertes matronas y de las mujeres espartanas que supieron entregar al hijo, al esposo, al hermano, como prenda de redención. Contémpplalas, ¡oh Adelantado! ¡oh nieto de Cid! y dime si el Campeador no reconocería en ellas el perfil de Jimena, o la immaculada gracia de sus hijas. Columnas de alabastro, ellas han sostenido las bóvedas de la patria. Candelabros de oro, ellas han alimentado la llama del espíritu. Urnas de cedro, ellas han acendrado el aroma de la virtud. Cálices de cristal, ellas han filtrado el vino del sacrificio. Después de haberse ofrecido como tronos de la belleza, fueron luégo yunques del patriotismo, y finalmente altares de la muerte. Hoy continúa calladamente su tradición doméstica; pero hay en todas ellas ese halo misterioso que rodea a las mujeres de la tragedia griega. Es la grandeza de los destinos fatales y gloriosos, que imprime su sello de gravedad aún a las frentes virginales. ¿Reclamas santidad? Vasos de selección ha habido aquí, apóstoles de la piedad y la oración, e impertérritos confesores de la fe, que adornaron con un episodio más, las repujadas puertas del Paraíso. Yérguese la figura del santo y sabio arzobispo a quien vemos golpeando el pórtico de la ciudad con la ancha palma de los mártires. Predica reconciliación y paz, y dirigiéndose a la severa cátedra que ilustró durante los días de su apostolado, habla nuevamente a su pueblo, a este pueblo de entonces y de hoy. ¡Qué severa elocuencia la suya! ¡Qué sublime claridad la de su palabra! ¡Qué

persuasiva unción la de su inteligencia! Glorifiquemos a la blanca paloma del pecho ensangrentado, que deja todavía caer sobre nuestras cabezas su rama cuajada de bendiciones, en tanto que la flecha teológica que le atraviesa el corazón, la lleva a reposar fatigada en manos del Eterno. ¿Exiges cantos? Estos bosques oscuros, que a la vista se ofrecen en variados y caprichosos grupos, han sido albergue de todas las divinidades del ritmo. Antes que tú llegases, cuando la enorme selva acababa de desprenderse del caos, el salvaje Pan hizo gemir estas laderas con su monótono instrumento. Poco después indígenas Orfeos encantaron las piedras y los árboles, y más tarde Apolos rústicos vivieron bajo estos follajes, sembrando el aire de saetas luminosas. Quedó así la tierra consagrada a la armonía. Es este el valle de las endechas, la floresta de los madrigales, el otero de los cantos. Caballeros en traje de pastores han cruzado por estas selvas haciendo resonar la lira en memoria de celestiales enamoradas, y guerreros románticos han llorado a par de los rui señores, abandonando el humo de los combates para venir a contemplar el nacimiento de la luna. ¡Tierra de poesía, tierra de encanto, tierra de adorables memorias! Te corona la fábula, la leyenda te aprestigia con su indefinible misterio, la tradición te ennoblece con sus brillantes atributos. Miles de trovadores duermen bajo tu seno, y en cada sepultura yace una lira rota que sobrevive a las cenizas del cantor. Tus floridas cortes, tus gayos torneos, tus caballerescos estrados, ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de los juglares que tañieron al pie de tus balcones las embelesadoras guzlas? Que todos ellos resurjan, coronados de laurel, para celebrar tus bodas de diamante con el caballero cuatro veces centenario, que sonríe fieramente como cuando te desposó doncella, y que a tu dulzura de matrona otoñal puede ofrecer todavía o el perfume de la rosa o el brillo del acero.

Mas al conjuro de estas evocaciones surge una nueva sombra. A estos sitios, consagrados por su genio, se encamina. El curvo cerro y la devota colina que tenemos a la espalda, fueron tocados por la gracia de su verso. Su espíritu armonioso se transfundió en esta comarca que desde entonces forma parte de esa geografía del espíritu que es la sola porción inviolable del planeta, porque la defienden las liras, única arma ante la cual retroceden los pasos de la barbarie. Sagrada es esta tierra porque recibió la luz del genio que la relievra con más amor y exactitud que la propia lumbre del sol. Sí; porque este oriente bellissimo, que asoma su frente de rosa y de nieve sobre el abismo del día, vierte sobre Popayán menos claridad que el canto de Arbolada. Esas octavas reales son otras tantas urnas de cristal que guardan preciosos fragmentos de nuestra historia y que vencen en valor a las transparentes vitrinas que nos muestran el mustio galón, la página amarillenta o el desusado anillo. Sólo más tarde otro payanés excellentísimo, a quien tenemos la fortuna de contemplar entre nosotros como al heredero de las épocas gloriosas, colocará al lado de esas urnas de cristal otras tantas ánforas de bronce con la sangre de nuestros mártires. ¿Qué otro pueblo ha sido galardonado así? ¿No es verdad que todas las formas de la gracia y de la gloria se mueven sobre

la frente de nuestra pequeña ciudad que sonrío como Atenas, habla como Roma y llora como Jerusalén?

Pero basta ya de palabras. Es la hora del canto. Sonad, campanas, épicos bronce, sonad, porque hoy es el día de todos los vivos. Piedras ilustres: las bañadas con sangre, las unguidas con lágrimas, las que sirven de cimiento y las que rematan el arco, estremeceos de gozo por los cuatrocientos años de luz que os consagran para la eternidad. Verdes colinas que decoráis el ámbito, saltad como corderos engalanados en estas pascuas de la ciudad. Río impetuoso, atruena el valle con el eco de tus cavernas, repitiendo el dulcísimo nombre de Pubenza. Risueña luz, aires sosegados, repartid largamente vuestros dones ahora que la heredad nativa recoge en su seno a los hijos dispersos. Y vosotras, cenizas venerables, leve residuo del guerrero, del santo, del mandatario, reunidas por fin a la sombra de los aleros nativos, animaos, y sentid el calor de los hogares que habían esperado vuestro regreso, para llorar sobre vosotras el pasado, para jurar sobre vosotras el porvenir. Huesos todos de los padres, de los abuelos, de las incontables generaciones que bajaron a tierra; huesos que yacéis esperando la justicia de la historia o la justicia de Dios; huesos confundidos con las raíces de nuestros árboles y con los cimientos de nuestras casas; huesos que ya no sois ni pobres ni ilustres, pero que seguís alimentando la flor de nuestras generaciones: alborozaos en el Señor, estremeceos de júbilo, porque en esta hora del perdón y del reconocimiento, hemos venido a proclamar, una vez más, que de vosotros arranca nuestra fe, que vive de vosotros nuestra gratitud, que en vosotros se robustece nuestra esperanza.